INTERSUBJETIVO - DICIEMBRE 2005 - Nº 2, Vo. 7, Pags. 258-269 © Quipú - ISSN 1575-6483

Una carta soñada. Una correspondencia imaginaria Freud-Ferenczi.

Michel Giguère[i].

¿Qué hubiera sucedido si Freud hubiera reconocido el trabajo de Ferenczi sobre el papel de la pasión de los adultos en el desarrollo del carácter infantil y sobre la sexualidad? ¿Por qué Freud abandona la teoría de la seducción y la sustituye por la edípica? ¿Cuál es el vector fundamental que le lleva a hacer esto y, en consecuencia, a romper su relación con un Ferenczi que se encuentra en su lecho de muerte? Estas cuestiones y algunas otras son las que este artículo trata de responder.

Ferenczi es condenado al ostracismo por un Freud que deshecha la teoría de la seducción por encontrarse en el trabajo de duelo por la muerte de su padre, un padre que, al hilo de los sueños, se presenta como seductor de su hijo, Freud, y un Freud, que como padre, se presenta como seductor de su hija.

A través de los sueños que Freud describe durante el periodo de duelo, y que son analizados en este artículo, es evidente como, fuertemente condicionado por esta intensa pregnancia emocional, se ve obligado a abandonar la teoría de la seducción para salvar a su padre y a sí mismo, viendo confirmado en la realidad el mito de Edipo, así como a destronar al pequeño rey, Ferenczi, por continuar la línea de investigación y teorización que su gran maestro abandona.

Palabras clave: *Freud, Ferenczi, Correspondencia, Psicoanálisis.*

What would have happened if Freud had recognised Ferenczi's work regarding the role that adult passion plays in the development of childhood character and sexuality? Why did Freud abandon the theory of seduction and substitute it with the Oedipus theory? What is the fundamental vector that made him do that, and in consequence, break off his relation with Ferenczi at his death bed? These questions and a few others are dealt with in this article. Ferenczi is ostracised by Freud who discards the theory of seduction because he is in mourning due to the death of his father. A father whom through dreams is presented as the seducer of his son Freud, and Freud, whom as a father is presented as a seducer of his daughter. Through the dreams described by Freud during his mourning, and that are analysed in this article, it is evident that he is strongly conditioned by this intense emotional impregnance, which obliges him to abandon the theory of seduction in order to save his father and himself, confirming the reality of the myth of Oedipus, as well as overthrowing the little king, Ferenczi, for continuing the line of investigation and theorisation that his grand master had abandoned.

Key Words: *Freud, Ferenczi, Correspondence Psychoanalysis.*

¿Quién cabalga tan tarde entre la noche y el viento?
Es el padre con su hijo.
Sostiene al hijo en sus brazos,
lo abraza firmemente, lo mantiene tibio.
Hijo mío, ¿por qué escondes tu cara con tanto miedo?
Padre, ¿no ves al rey de los Elfos?
¿El rey de los Elfos con su corona y su séquito?
Hijo mío, es una mancha de niebla…
Te quiero, estoy encantado por tu hermosura
y si no quieres venir ¡tendré que usar la fuerza!
Padre mío, padre mío, ¡me está sujetando ahora!
¡El rey de los Elfos me ha hecho daño!
El padre se estremece y cabalga rápidamente
en sus brazos sostiene al niño que gime.
Con sudor y esfuerzo llega al patio;
en sus brazos descansa el niño muerto.

Goethe, El Rey de los Elfos.

Octubre de 1932. Ya duramente puesto a prueba por la reacción negativa de Freud respecto a su último trabajo que valientemente presentó en el Congreso Internacional de Psicoanálisis de Wiesbaden[1] a comienzos de septiembre, Ferenczi vive uno de los momentos más dramáticos de su vida: «¿Tengo aquí la elección entre morir y reconducirme y esto a la edad de 59 años?»[2]. Acaba de recibir una carta de Freud. En esta carta, el maestro le hace parte de su pesimismo en cuanto a las posibilidades de ver a su discípulo y amigo volver al recto camino analítico. Freud va incluso más lejos e indica su resignación a ver la relación entre ambos terminar en una ruptura[3]. Ferenczi está consternado; él, que con una pasión jamás desmentida, ha consagrado, desde hace treinta años, su vida profesional al psicoanálisis. ¿Cómo han llegado las cosas hasta este punto? Se trata de que desde hace años, al lado de las experimentaciones técnicas a veces criticables, los avances teóricos de Ferenczi no agradan a Freud. Una irritación mayor para este último es ver reaparecer en los trabajos de Ferenczi la antigua teoría del trauma con, en su centro, la experiencia de seducción. Freud soporta muy mal lo que para él constituye una vuelta atrás en relación a su propio camino teórico. Se lo hará saber explícitamente a Ferenczi quien, por su parte, no ve como ahorrarse la teoría traumática a partir de las cuestiones que le plantea su clínica acerca de pacientes llamados difíciles. Cara al interminable y a veces estéril debate, que opone realidad exterior y fantasma en la etiología de la psicopatología nos permitimos una tregua para soñar que en lugar de la carta «oficial», Freud, en un impulso de transparencia, hubiera escrito a su Visir secreto una segunda versión en la cual…

2 de octubre de 1932

Querido amigo,

Hay encuentros que nos obligan ante todo a volvernos hacia el pasado antes de que nos orienten hacia el porvenir. Nuestro último encuentro debe de considerarse entre ellos. Las tres semanas aproximadamente que han pasado desde entonces, me han permitido dar cierta marcha atrás respecto a la demasiado viva reacción de la que usted fue, con Brill, testigo y, me temo, también víctima, tras la lectura de la comunicación que llevaba preparada para el congreso.

Nuestra larga amistad, así como la pasión y creatividad que pone al servicio del movimiento psicoanalítico, merecen ampliamente que me abra ante usted sobre las razones que sospecho son responsables de mi comportamiento.

Mucho más allá de nuestras divergencias concernientes a la técnica de la cura, divergencias a las cuales no he concedido quizás demasiada atención, es mucho más la reconsideración que hace de la cuestión del traumatismo (via seducción real) lo que me irrita desde hace algunos años. Esta irritación alcanzó su cenit con ocasión de su visita. Aunque habiendo «oficialmente» renunciado a esta teoría a favor de la del fantansta y la universalidad del mito de Edipo, su comunicación me ha sumergido de nuevo en la tormenta de dudas a la que creía haber escapado definitivamente. Durante un instante, en su presencia, quizá se dio cuenta, fui presa del vértigo. En un relámago y con una intensidad visual alucinante, me reapareció un sueño hacía mucho tiempo olvidado[4].

Este sueño, de hace más de treinta años, me había turbado por la época a tal punto que voluntariamente, lo dejé fuera del libro sobre los sueños, que por entonces ocupaba todo mi interés. Esta auto-censura no fui capaz de sobrepasarla más que con un amigo entonces íntimo, que en ese momento consituía la totalidad de mi auditorio. Me obliga usted ahora a contárselo, confidencia que le permitirá comprender tanto la amplitud de la censura que se abatió antaño sobre él, como mi malestar actual. El sueño ponía en escena a mi hija mayor, Mathilde, de 9 años de edad por entonces (yo tenía 41), hacia la cual experimentaba un vivo sentimiento erótico que mi pudor no me permite designar más que bajo el vocablo de hipertierno. Otro elemento del sueño, mi hija se llamaba Hella (nombre de la hija de mi hermana Anna).

Puede sacar ahora sus propias conclusiones. Las mías son turbadoras. Todo me lleva de nuevo a pensar que:

1) Este sueño me situa en una posición triplemente incestuosa: respecto a mi hija, respecto a mi sobrina, y respecto a mi hermana por mediación de Hella, que resulta el producto de una relación incestuosa fraterna con Anna (lo que ha complicado siempre la relación con mi propia hija menor que, como sabe, lleva el mismo nombre).

2) El Edipo y las pulsiones que con él se relacionan (el lenguaje de la pasión en su terminología) conciernen evidentemente en primer lugar a los padres más que a su progenie. Esta idea, intolerable para mi en aquella época y para el recuerdo que guardaba de mi padre recientemente desaparecido, me apresuré a refutarla algunos meses más tarde.[5]

3) Situar el mito de Edipo en la primera infancia constituye una maniobra defensiva de puesta a distancia que alivia del peso de la culpabilidad generada por nuestros deseos incestuosos respecto a nuestros tiernos pequeños. Pocos analistas, para mi gran sorpresa, han reflexionado sobre la avanzada edad que tenía Edipo en el momento de sus fechorias. Estaba lejos de ser un niño. Pero, ¿no hay más que adulto en el adulto?.

4) Todo un aspecto de la teoría sexual infantil debe ser revisada, incluso quizás abandonada; perspectiva que, considerando mi avanzada edad, no me agrada en absoluto.

Veo por su trabajo que es precisamente a esta tarea a la que valientemente se ha aplicado. Un observador externo podría concluir que se aleja usted de mi. Como puede ahora comprender, querido Sandor, no es exactamente ante usted ante quien reaccioné tan intensamente en el momento de su visita a mi casa. Las ideas que sostiene, yo mismo las he defendido en tiempos para después despegarme de ellas. ¿Pero tenía otra elección?. Nuinca, se lo repito, he podido aceptar ver en mi propio padre la imagen de un seductor perverso. Ahora usted sopla sobre lo que con desprecio, yo creí, eran cenizas. Siento únicamente no disponer de la energía necesaria para acompañarle en su trabajo y dirigirme de nuevo a contracorriente de las posiciones que estando ampliamente admitidas fundan la unidad de nuestra sociedad[6]. Créame que la tentación no está ausente. Recuerde el laborioso y penoso trabajo que ha exigido de mí la cura del hombre de los lobos; trabajo que no ha podido contar entre sus escasos mértidos el de haber calmado mi ambivalencia en cuanto al origen exacto de la neurosis de nuestro infortunado S.P.

Termino esta carta exhortándole a evitar interperetar toda llamada «oficial» de atención proveniente de mí y en relación a su trabajo, como ofensas para hacer de usted una oveja apartada del redil psicoanalítico. La salvaguarda de la unidad del movimiento analítico me obligará a cierta severidad paternal respecto a usted. Pero esté seguro, querido Sàndor, que usted es y quedará para mí como el hijo que el destino ha rehusado concederme.

Afectuosamente. Suyo,

Freud

¿La existencia de esta carta habría conducido a una auténtica reconciliación entre el padre fundador y el enfant terrible de psicoanálisis? ¿Habría permitido un fin menos amargo a quien iba a morir algunos meses más tarde (el 24 de mayo de 1933) así como una mayor difusión de sus trabajos durante mucho tiempo puestos en el lindex por la comunidad psicoanalítica? (Harán falta alrededor de 50 años para que sea publicado el «diario clínico» de Ferenczi y aun algunos años más para la publicación de la correspondencia Freud-Ferenczi) ¿Cómo dar cuenta de esta situación? ¿Qué es lo que, en estos trabajos, ha podido poner en marcha esta tentativa de amordazamiento de quien, en el seno de la comunidad psicoanalítica de la época, se empleaba más que ningún otro en replantear los límites de lo analizable, llamando la atención sobre la necesidad de adaptación del cuadro analítico, con el fin de acoger a pacientes que hasta entonces eran declarados inanalizables?

No se trata aquí de responder en detalle al examen de las ideas, avances teóricos o técnicas de Ferenczi, ni incluso a su relación con Freud, sin embargo, hay un punto importante sobre el que llamar la atención. Más allá de ciertos aspectos de su personalidad, más allá de sus numerosas y a menudo azarosas experimentaciones técnicas, lo que vuelve a la superficie con Ferenczi es la nueva toma en consideración, la nueva puesta en circulación de lo que había constituido durante mucho tiempo un elemento reprimido en el campo del psicoanálisis, a saber, la teoría del traumatismo vía experiencia de seducción del niño por el adulto. Esta reconsideración es tanto más importante cuando a través de ella toda la cuestión de los orígenes reaparece y Ferenczi la pone en juego: origen de la psicopatología, origen del psicoanálisis, pero también y sobre todo, origen de la sexualidad.

Un breve retorno sobre un periodo clave de la historia del psicoanálisis se impone. El que se extiende entre 1893 y 1897 y sobre el cual Jones[7] dirá que en concreto el año 1897 constituye el punto culminante de la existencia de Freud. Estos años son a menudo calificados como «preanalíticos»: Freud avanza una teoría. La de la seducción, entendida aquí como acontecimiento histórico real, datable. Esta experiencia de seducción, Freud[8] la concibe como verdadero «Caput Nili» de la neuropatología. En el otoño de 1897, el hecho es conocido, abandona esta teoría, la teoría sobre su neurótica; abandono sobre el que se está de acuerdo en que es el acto de nacimiento de la teoría psicoanalítica propiamente dicha y el punto de partida de la exploración de otra realidad: la realidad psíquica. Anuncia, en una carta a Fliess datada del 21 de septiembre[9], cuatro grandes razones, entre ellas la imposibilidad de creer en que todos los padres de histéricas sean perversos, para explicar su decisión. Pero ¿por qué proceso llega Freud a la conclusión de que es necesario abandonar a su «neurótica»?

La observación de algunos meses precedentes en este periodo es instructiva. Se descubre, a través de la correspondencia con Fliess, a un Freud derrotado. El 14 de agosto de 1897[10], Freud da cuenta de un estado de torpeza intelectual. Atraviesa una crisis de melancolía. Antes, el 7 de julio[11], escribe: «algo venido de las profundidades abisales de mi propia neurosis se opone a que avance más en la

comprensión de las neurosis…». Incluso un poco antes, el 12 de junio[12], se siente intelectualmente paralizado «escribir me resulta un suplicio». Hecho rarísimo, emplea por primera vez, con respecto a él mismo, el término de neurosis. ¿Qué es lo que en este momento ha podido arrojar a Freud en este abismo depresivo? Los elementos de respuesta son numerosos. Varias corrientes de acontecimientos se entremezclan. Freud está en pleno trabajo de duelo, su padre, Jacob, ha muerto algunos meses antes, el 23 de octubre de 1896; una pérdida de la cual no se debería minimizar el impacto[13]. Por otra parte, su relación con Fliess, este hombre al cual Jones[14] califica de personalidad seductora, entra en un periodo crítico. La seducción aquí no es solamente un asunto clínico-teórico en el trabajo de Freud. Está también omnipresente en su relación con Fliess con la particularidad de que es Freud quien, en este momento se encuentra del lado de los seducidos. Freud está inmerso en otro gigantesco trabajo, además del de las neurosis, a saber, el de los sueños. Trabaja desde hace algunos años en la redacción de su gran libro sobre los sueños. Ha tomado la costumbre, desde 1882[15] de anotar sus sueños y se emplea en analizar una buena parte de ellos. Es remarcable que entre los sueños conocidos de Freud, precisamente los dos últimos conocidos que preceden a esta «crisis de melancolía», se refieren expresamente a su teoría de la seducción.

El sueño titulado «Hella» contiene una serie de palabras. En una carta a Fliess fechada el 31 de mayo de 1897[16], Freud escribe: «Recientemente, he soñado con sentimientos hipertiernos hacia Mathilde, pero se llamaba «Hella» y a continuación he visto ante mi la palabra «Hella» escrita en grandes caracteres». Anzieu[17] propone un breve comentario sobre este sueño. Freud, en este momento busca una confirmación de su teoría de la seducción. Este sueño se lo sirve en bandeja. Sin embargo, si los padres son seductores de los niños entonces su propio padre, Jacob, también él, según la teoría, forma parte de ellos. Esta posibilidad, Freud, no puede en este preciso momento, encararla, sumergido como está en el intenso trabajo de duelo desencadenado por la muerte de su padre. Cara al pensamiento insostenible de un Jacob seductor, Freud se incriminará a sí mismo a fin de disculpar a su padre; un escenario con el cual está ya familiarizado por haberlo experimentado y desmenuzado en otro sueño, este muy célebre; «la inyección de Irma» en el cual él mismo se ofrece como culpable de una intervención médica desgraciada practicada sobre Emma Eckstein por su amigo Fliess. Pero la cuestión de la seducción por parte del padre queda entera, pues si Freud hijo, se acusa a sí mismo de deseos incestuosos a fin de proteger la imagen de su padre, resta el hecho de que por esta vía hay una acusación de todas maneras hacia el padre, es decir hacia sí mismo como padre de Mathilde.

Este sueño merece más atención de la que Anzieu le ha consagrado. Se abre a una serie de cuestiones de comentarios y de hipótesis que conciernen a la teoría de la seducción, a su abandono así como a su reemplazo por la teoría edípica. Dos elementos del sueño, al menos, deben subrayarse: los sentimientos «hipertiernos» y la condensación Mathilde-Hella. En lo que concierne al primero de estos elementos, seguimos a Anzieu en su hipótesis que abanza la naturaleza sexual de dichos sentimientos. Un cierto pudor habría retenido a Freud de ser más

explícito. La comunicación de este sueño junto a la narración de un segundo sueño cargado sexualmente: «Subir las escaleras desnudo», en la misma carta enviada a Fliess refuerza la hipótesis de la naturaleza sexual del sueño «Hella». Se trata por tanto de un sueño movido por el deseo incestuoso; deseo sentido por un adulto, Freud y teniendo por objeto a un niño, Mathilde.

La condensación Mathilde-Hella es más compleja. Varias pistas aparecen que reenvían tanto a la teoría de la seducción, como a la hipótesis edípica que permanece aun sin nombrar en este momento por Freud. Convirtiendo a su sobrina Hella (hija de Anna Freud-Bernays, hermana mayor de Sigmund) su propia hija, la construcción onírica de Freud la sitúa en una relación eminentemente incestuosa y que como se ha hecho mención antes, esto sucede en varios niveles. Pero ¿por qué Hella? ¿Qué se esconde detrás de este nombre? Fonéticamente este nombre orienta hacia el recuerdo de las primeras emociones amorosas de Freud adolescente (1872) hacia una amiga de infancia llamada Gisella Fluss[18]. La doble operación que lleva la descomposición en Gis-Ella y a la retirada de la sílaba gis es sorprendentemente similar a la que en 1878 hará de Sigismund, Sigmund[19]. Se trata en ambos casos de un gis de menos. De esta primera decepción amorosa, Freud guarda cierta nostalgia. Es sorprendente, ver a Freud muchos años después, ante la indecisión de Ferenczi en cuanto a la elección de su futura esposa, tomar partido en favor de otra Gisella, Pallos esta vez. Es sorprendente ver a Freud que bien rodeado de amigos muy competentes se pone en manos, para su primera operación de la mandíbula en 1923, bajo los cuidados de un cirujano de dudosa reputación en la persona de Marcus Hajek[20]. Esta elección sorprendente se aclara en parte cuando se encuentra a este médico casado con una hermana del escritor Arthur Schnitzler, admirado por Freud y también llamada…Gisella.

Pasar de Hella a Gisella Fluss es también ver lo que conduce a lo que aun está en ciernes en el pensamiento de Freud, a saber, la edificación de una teoría de la sexualidad infantil. El mismo Freud[21] nos permite este acceso en su artículo sobre los recuerdos pantalla, que hecho a remarcar, es publicado a penas dos años después del sueño Hella. El hilo de Ariadna de estos recuerdos es el color amarillo del vestido que lleva una joven ansiada, Gisella Fluss evidentemente, y que incita a Freud hacia otro recuerdo que data de su pequeña infancia: con John, su primo, arrancan de las manos de la pequeña Pauline, prima de Sigmund, un ramo de flores compuesto por flores amarillas. Si, como Freud[22] lo propone, los recuerdos pantalla «contienen no solamente algunos elementos esenciales de la vida infantil, sino incluso *todo* lo esencial», se llega a la concepción en Freud, de una vida sexual en la cual no pueden estar desmezclados los componentes libidinales y agresivos que están íntimamente aliados en el seno de su mundo pulsional. Este recuerdo de un ramillete arrancado, que evoca una representación simbólica de la desfloración constituye una ilustración. Esto es tanto más evocador cuando dos años más tarde se encuentra al joven Sigismund, de seis años de edad, en una escena similar dedicado a arrancar las páginas de un libro de imágenes en compañía esta vez de su joven hermana Anna, la misma que será la madre de Matilde.[23]

Recorriendo hacia atrás el camino de Pauline a Hella (Freud-Bernays) pasando por Gisella Fluss, parece posible encarar una coloración sexual-agresiva, potencialmente traumática pues, en el deseo inconsciente de Freud, respecto a su hija-sobrina Mathilde-Hella. Este sueño muestra bien, como Anzieu lo propone, el deseo de Freud de ver su teoría de la seducción confirmada y, la seducción, el elemento clave de la neuropatología. ¿Pero puede sostener en adelante esta teoría? El sueño Hella, tal como se ha anunciado antes, precede a la entrada de Freud en un intenso periodo depresivo. Nada va para él. Recordemos que la hipótesis de los padres seductores-perversos es completamente inconciliable con la imagen irreprochable de su padre (c.f. nota 13) que él viene de reactualizar[24]. Parece que no es sino a favor del difícil trabajo de duelo que atraviesa que Freud, en un impulso de negación se ha definitivamente sujetado al recuerdo de un padre por encima de toda sospecha. ¿El mantenimiento de esta imagen idealizada del padre impedirá de hecho la libre circulación de una representación de un padre que inviste libidinalmente a su hijo? Es en este punto que se le abre a Freud otra vía, una vía que indica al sueño Hella pero que no empujará hasta el otoño siguiente: la del escenario edípico. Es el nombre de Mathilde el que, en el sueño, marca el acceso.

Hay que recordar, lo primero, una práctica, que se convertirá en tradición, que Freud estableció con el nacimiento de su primer hijo. Es él, y sólo él, quien elegirá en nombre de todos sus hijos. Estos nombres serán siempre escogidos en honor de personas amadas o admiradas por él[25]. Es así como la hija mayor de Freud tendrá por nombre el de Mathilde Breuer mujer de Joseph a quien Freud admira filialmente. Freud obtiene un sostén absoluto en los planos tanto científico como moral y financiero de su amigo Joseph Breuer, un médico que disfrutaba por entonces de un gran prestigio entre su numerosa clientela y entre la comunidad médica vienesa. Sin embargo, esta relación de admiración se deteriorará a partir de que Freud nota momentos de duda en Breuer en cuanto a dejarse convencer de la importancia del rol de la sexualidad en la etiología de las neurosis[26]. Posteriormente, Freud rompe. En una carta a Fliess del 29 de marzo de 1897[27] a penas dos meses antes del sueño «Hella», declara que simplemente ver a Breuer le incitaría a emigrar. ¿Cómo no ver en Joseph Breuer una figura paternal sustitutiva que es objeto de los mismos movimientos de idealización-desilusión observados sobre Jacob con la particularidad de que operan como vasos comunicantes? En el momento en que es repudiado Breuer, la imagen de Jacob es al mismo tiempo fuertemente retomada (observemos que a penas cinco meses separan las cartas de Freud, nota 13 y Breuer nota 26, a Fliess). Cómo no ver por otra parte en la relación con Breuer una relación parental sobre la cual Freud, joven médico reactualizará un escenario que será célebre. Breuer, por su parte no parece engañarse sobre el estado de las cosas y escribe también a Fliess el 5 de julio de 1895: «el intelecto de Freud planea por las alturas. Me siento ante él como una pulga ante un águila»[28]. La referencia a Mathilde Breuer no puede evocar en el espíritu de Freud otra cosa que los sentimientos hostiles que tiene en ese momento hacia su antiguo protector, la inscripción Hella, en el sueño, escrita en grandes caracteres que reenvían la Grecia de la mitología lo mismo que envían en la misma carta en la que Freud expone el sueño «Hella» en el notable manuscrito N en el cual es evocada por

primera vez la existencia de pulsiones hostiles (deseos de muerte) respecto a los padres; todos estos índices abogan en favor del despliegue de un escenario que Freud no llevará a la luz hasta octubre de 1897 pero que como se ve está al alcance de la mano ya.

La escena manifiestamente incestuosa del sueño «Hella» que invita, en primer lugar, a la confirmación de la teoría de la seducción introduce simultáneamente (vía la relación Breuer) la trama edípica. Entre estas dos teorías existe un punto de articulación: la cuestión de la sexualidad infantil. Este breve sueño reviste una importancia significativa en la medida en que sitúa a Freud, en este preciso momento de su reflexión en una encrucijada. Por una parte se le ofrece, en la trayectoria que ha seguido desde 1893, la vía de la teoría de la seducción. Pero ésta, por razones eminentemente afectivas, está en adelante bloqueada. Por otra parte, se abre, aunque de manera aún imprecisa, la vía edípica que tendrá, cuando sea definitivamente establecida, el mérito de resolver el conflicto de lealtad que siente hacia su padre desaparecido. Algunos meses más tarde, Freud, en un movimiento creador fuera de lo común, solucionará este conflicto franqueando la distancia que separa la teoría de la seducción de la niña por el padre, a la del amor edípico de ésta por aquel (una inversión en suma bastante usual en el plano del funcionamiento psíquico inconsciente pero de una riqueza considerable en los planos teórico y clínico). Pero por el momento Freud no ha llegado todavía ahí. No pudiendo recurrir más a la teoría de la seducción pero no disponiendo de una nueva concepción de las neurosis Freud entra en lo que se convertirá en uno de los más intensos periodos depresivos que ocupará casi todo el verano de 1897.

Visto desde este punto de vista cronológico, la hipótesis edípica parece venir en auxilio de un Freud desamparado cara a una teoría de los orígenes de la sexualidad que no puede sostener más. Se necesita poco para comparar esta situación con la del niño que cara al enigma de lo sexual erige teorías explicativas, una de cuyas funciones es contener la angustia levantada por misterios que le sobrepasan (¿pero los adultos que somos sabemos verdaderamente de dónde vienen los bebés?). Así, el complejo de Edipo podría ser considerado como ocupando el lugar de teoría sexual infantil para Freud mismo y constituido para él como todas las teorías sexuales infantiles a partir de un «fragmento de pura verdad» que debe, a la vez, ser tomado en cuenta y reprimido. ¿Pero en qué podría consistir este fragmento de verdad? Aquí, Laplanche y Pontalis[29] guían nuestra reflexión proponiendo entender en los fantasmas de seducción una sexualidad del niño que resulta estructurada por algo que viene desde el exterior, proposición a la cual Freud, con su nueva construcción teórica del mito de Edipo, intenta escapar sin jamás alcanzarlo.

La historia de la teoría psicoanalítica revela cómo, por abandonada que haya sido, la teoría de la seducción no cesa de retornar en la obra de Freud sea manera explícita en ciertos textos[30, 31, 32, 33, 34] o sea en fragmentos sueltos por mediación de ciertos conceptos como los de post-golpe o de recuerdo patógeno. Estos conceptos testimonian la preocupación constante de Freud de fundar la realidad psíquica sobre el suelo de otra realidad más «objetiva»: la realidad exterior. El trabajo de

análisis del hombre de los lobos[35] constituye uno de los ejemplos que mejor lo prueban. Por una parte, la seducción del niño por el adulto, por otra, Edipo, una historia también pasional pero reinvertida en tanto que el punto de partida no sea un adulto sino más bien el niño mismo. ¿Pero cómo, por lo demás, podría hablarse de deseos edípicos respecto de los niños si no han sido ellos mismos deseados previamente? Freud, el hombre de las dualidades está aquí dividido e incluso si «oficialmente» deja de lado su teoría de la seducción y con ella la idea de una inocencia sensual del niño. Edipo, como teoría sexual, constituye el punto de llegada del trabajo analítico de Freud de la misma manera que la creación, por los niños de las teorías cloacales u otras teorías sexuales llamadas infantiles, da cuenta de sus observaciones de las manifestaciones de la vida sexual. ¿La teoría edípica podría haber sido construida por Freud (y por Sófocles) sobre el mismo modelo que las teorías sexuales infantiles, es decir, como una construcción intelectual empelada para dar cuenta de un enigma relativo a lo sexual y esto independientemente de cualquier verdad objetiva que conlleve?

En su *Rey de los Alisos,* Goethe, nos habla de un padre, de su hijo y de una cabalgada en la noche. ¿Es propio del estado adulto estar sordo a las crisis de angustia del niño que, sometido a un lenguaje pasional desbordante para sus capacidades de elaboración, no puede a veces reaccionar de otra manera al efecto desideración producido que cribando-mortificando una parte de sí mismo (autotomía de Ferenczi, falso self de Winnicott, normopatía de McDougall)? ¿Esta sordera (negación) del adulto sobre la angustia del niño no representa, como Ferenczi lo adelantaba, el elemento constitutivo por excelencia de la naturaleza inevitablemente traumática para los niños del encuentro con el lenguaje de los adultos? A este respecto, Gantheret[36] y, de manera aun más incisiva Laplanche[37], con su teoría de la seducción generalizada, han mostrado como la seducción opera en el seno de toda relación adulto-niño por el hecho de la transmisión del adulto hacia el niño de significantes verbales o no verbales cargados de significaciones sexuales inconscientes.

Por otra parte es tentador ver en este niño del Rey de los Alisos a otro niño, un «wise baby» como se trataba Sandor Ferenczi a sí mismo. ¿Se dedicó a describir con todo el ardor y autenticidad que podía entre los suyos, los efectos destructores para el niño del encuentro con el lenguaje pasional del adulto? ¿Habrá conocido la misma suerte dramática que el niño del cuento? ¿Incidentalmente, Freud habría jugado respecto a Ferenczi el mismo papel que este padre, no solamente sordo a los gritos de angustia de su hijo, sino que se emplea en convencerle de tomar por ilusoria la amenaza exterior de la que él es la encarnación? Irritado respecto a un Ferenczi que defendía lo que él quería descartar, Freud no podía más que tomar públicamente partido contra su discípulo, pero simultáneamente, parece que es claro que no podía reprobar totalmente a su «querido hijo», el mismo que en otro tiempo destinaba a futuro esposo a una de sus hijas ¡Mathilde![38].

Notas

[i] Michel Giguère, 933 av. Dunlop, Outremont, Montréal, Quebec, Canadá H2V-2W9.

[1] Congreso del 3 de septiembre de 1932 donde Ferenczi presenta: «La pasión de los adultos y su influencia sobre el desarrollo del carácter y de la sexualidad infantil». Esta exposición se encuentra en hoy bajo el título: S. Ferenczi, *Psychanalyse 4, Oeuvres complètes 1927-1933*. Paris, Payot, hoy bajo el título: «Confusión de lengua entre los adultos y el niño, p.125-135.

[2] S. Ferenczi, *Journal clinique,* Paris, Payot, 1985, p. 284.

[3] E. Jones, *La vie et l'oeuvre de Sigmund Freud, vol. 3, les dernières années 1919-1939,* (dorénavant *V.O. vol. 3)*, Paris, P.U.F., 1975, p. 198.

[4] S. Freud, *La naissance de la psychanalyse,* Paris, P.U.F., 1973 (dorénavant *N.P.)* Lettre 64, 31-5-1897, p. 182-186.

[5] Dan fe las cartas 69 (abandono de la neurótica) 21-9-1897, p.190-193, y 71 (primera referencia al mito de Edipo) 15-10-1897, p.196-199. es decir alrededor de 4 meses después del sueño concerniente a Mathilde y alrededor de 7 meses después de la muerte de Jacob Freud (23 de octubre de 1896).

[6] Ver a este respecto la pertinente interpretación propuesta por J. Dupont: «… en su progreso Ferenczi termina por minar todas las defensas al abrigo de las cuales Freud pudo construir el edificio teórico del psicoanálisis preservándolo suficientemente como para poderlo continuar». En S. Ferenczi, *Journal clinique,* avant-propos, Paris, Payot, 1985, p. 23-40.

[7] E. Jones, *La vie et l'oeuvre de Sigmund Freud, Vol. 1,* (dorénavant *V.O. vol. 1*), Paris, P.U.F., 1970, p.295.

[8] S. Freud, « L'étiologie de l'hystérie» (1896), *Névrose, psychose et perversion,* Paris, P.U.F., 1978.

[9] Carta 69, 21-9-1897, *N.P.,* p. 190-193.

[10] Carta 67, 14-8-1897, *N.P.,* p. 189.

[11] Carta 66, 7-7-1897, *N.P.*, p.187.

[12] Carta 65, 12-6-1897, *N.-P.*, p.186-187.

[13] Carta 50, 2-11-1896, *N.P.*: (13). «Por una de las oscura vías situadas en el trasfondo de la conciencia oficial la muerte de mi viejo padre me ha afectado profundamente. Lo estimaba mucho y le comprendía muy bien y, gracias a una mezcla en él de profunda prudencia y de ligera fantasía, ha jugado un gran papel en mi vida.» P. 152-152.

[14] E. Jones, *V.O., vol. 1,* p. 319.

[15] D. Anzieu, *L'auto-analyse de Freud et la découverte de la psychanalyse* (dorénavant *A.A.F.*), Paris, P.U.F., 1988, p. 520.

[16] Carta 64, 31-5-1897, p. 182-186.

[17] D. Anzieu, *A.A.F.,* p. 149-150.

[18] D. Anzieu, *A.A.F.,* p. 517.

[19] D. Anzieu, *A.A.F.,* p. 519.

[20] M. Schur, *La mort dans la vie de Freud*. Paris, Gallimard, 1975, «…se sabía que él (Hajek) era un cirujano bastante poco hábil. No estaba realmente cualificadazo para operar un tumor maligno que necesitaba una resección a nivel del maxilar superior.» p.420.

[21] S. Freud, Sur les souvenirs-écrans, dans *Névrose, psychose et perversion,* Paris, P.U.F. 1978, p. 113-132.

[22] S. Freud, Remémoration, répétition et perlaboration, dans *La technique psychanalytique,* Paris, P.U.F., 1977, p. 105- 115.

[23] D. Anzieu, *A.A.F.,* p.515.

[24] S. Freud*, L'interprétation des rêves,* Paris, P.U.F., 1967, «Un día para mostrarme como los tiempos míos eran mejor que los suyos, él (Jacob Freud) me contó el siguiente hecho: «Una vez cuando era joven en el país en el que tú has nacido, salí a la calle un sábado, bien vestido con un gorro de piel completamente nuevo. Un cristiano apareció, y de un golpe envió mi gorro al lodo gritando: ¡Judío, bájate de la acera! —"¿Y qué es lo que hiciste?"— «Recogí mi gorro», dijo mi padre con resignación». Esto no me pareció heroico de parte de este hombre grande y fuerte que me tenía de la mano. A esta escena que me desagradaba opuse otra mucho más conforme a mis sentimientos la escena en la que Amilcar hace jurar a su hijo, ante su altar doméstico, que se vengará de los Romanos».

[25] J.-P. Vallabrega, Fondements et évolution de la technique psychanalytique Freud et Anna, *Topique,* 1990, vol. 45, p. 117-165.

[26] E. Jones, *V.O., vol 1;* «…Breuer hizo un valeroso elogio del trabajo de Freud y declaró compartir las opiniones de éste último con respecto a la etiología sexual. Después de la sesión sin embargo cuando Freud se lo agradeció, respondió: «Y a pesar de todo, ¡no lo creo en absoluto!»p.280.

[27]E. Jones, *V.O., vol.1,* p. 281.
[28]E. Jones, *V.O., vol.1,* p. 267.
[29]J. Laplanche, J.-B. Pontalis, *Vocabulaire de la psychanalyse,* Paris, P.U.F., 1978.
[30]S. Freud, Nouvelles remarques sur les psycho-névroses de défense, dans *Névrose, psychose et perversion,* Paris, P.U.F., p. 61-81. Voir aussi dans cet article la note de 1924 p. 66.
[31]S. Freud, *Trois essais sur la théorie de la sexualité,* Paris, Gallimard, 1962.
[32]S. Freud, *Sigmund Freud présenté par lui-même,* Paris, Gallimard, 1984.
[33]S. Freud, La féminité, dans *Nouvelles conférences sur la psychanalyse,* Paris, Gallimard, 1974, p.147-178 c.f. el pasaje: «Aquí el fantasma roza la realidad pues fue verdaderamente la madre quien provocó, despertó incluso quizás, las primeras sensaciones genitales voluptuosas, y esto dando a los niños los cuidados corporales necesarios».P. 158.
[34]S. Freud, *Abrégé de psychanalyse,* Paris, P.U.F., 1975.
[35]S. Freud, Extrait de l'histoire d'une névrose infantile (L'homme aux loups), dans *Cinq psychanalyses,* Paris, P.U.F., 1979, p. 325-420.
[36]F. Gantheret, Les nourrissons savants, *Nouvelle revue de psychanalyse,* 1979, vol. 19, p. 131-147.
[37]J. Laplanche, De la théorie de la séduction restreinte à la théorie de la séduction généralisée, *Études freudiennes,* 1986, vol. 27, p. 7-25.
[38]E. Jones, *V.O., vol 2,* p. 166.